

LA IMAGINACIÓN VULNERABLE:

DIASPORA Y DESASTRES NATURALES EN LA CULTURA SALVADOREÑA

MIGUEL HUEZO MIXCO

Para Catalina, que me hizo su huésped

Comenzaré contándoles una historia. Hace unos mil setecientos años, en una remota región del mundo que ahora conocemos como Centroamérica ocurrió una terrible catástrofe. El volcán Caldera, en el centro del actual territorio de El Salvador, erupcionó convirtiendo miles de kilómetros de tierra en un infierno.¹ Como no hay testigos, lo que ocurrió es difícil de describir. Lo poco que sabemos, sin embargo, es suficiente para imaginarnos que cambió la vida en esa parte del mundo. Las espectaculares explosiones y los retumbos que se escucharon a centenares de kilómetros de distancia estuvieron acompañados de enjambres de sismos que cambiaron el cauce de los ríos y derribaron todo lo que se encontraba de pie.² Para los desafortunados habitantes de la zona aquello fue como un ensayo del fin del mundo. El magma produjo ríos que abrasaron todo lo que encontraron a su paso; del cráter del volcán, como de la boca de un gigante enloquecido, saltaron innumerables bombas de piedra ígnea. Los vapores y la ceniza se elevaron a kilómetros de altura, cambiaron la coloración del cielo y eclipsaron la luz del sol hasta sumergirlo todo en las tinieblas.

Un espeso manto de ceniza del alto de una pierna cubrió los suelos en centenares de kilómetros a la redonda y contaminó los ríos y los estuarios aniquilando animales y vegetales. En la actualidad, cuando se excava varios metros bajo la tierra en las zonas central y occidental de El Salvador, los trabajadores de obras públicas y los arqueólogos se encuentran con un manto de tierra blanca superpuesto a otros antiguos estratos de tierra sedimentada a lo largo de los siglos. En esa capa no tan profunda se encuentra, inerte, la memoria del pavor.

Nuestra imaginación, hija de los horrores del siglo veinte, sólo puede comparar aquella catástrofe con un ataque nuclear de grandes dimensiones. Millares de personas debieron perecer y otros miles fueron forzados a huir para jamás volver. Cuando se aplacaron los fuegos, algún testigo, si acaso lo hubo, pudo presenciar un panorama escalofriante: diez mil kilómetros cuadrados, mucho más allá de lo que la vista alcanza, quedaron desolados, sin rastro de vida. Para un país de gran tamaño, esa superficie, aunque nada despreciable, es sólo una pequeña pieza de su mapa; pero les pido que por

un momento traten de imaginarse lo que eso significa en la noción de espacio para un habitante del país de donde vengo. Diez mil kilómetros cuadrados son la mitad de la superficie de mi país.

Pese a su gravedad la erupción fue solamente uno de los tan frecuentes como devastadores sacudimientos que han tenido lugar en esa tierra erizada de volcanes. Donde quiera que uno mire, el horizonte aparece dominado por uno de esos colosos. Por diez años esos mismos volcanes rodeados de carreteras fueron santuarios de las guerrillas. Las principales ciudades españolas del país, bautizadas con nombres cristianos (San Salvador, Santa Ana, San Miguel, San Vicente), se fundaron siempre al lado de un volcán. Son la representación de Vulcano, el terrible herrero romano. Y de Zipacná, el colérico ingeniero del mundo subterráneo de los maya-quiché. Si hemos de creer en la mitología, tarde o temprano esos volcanes erosionados por la tala de los bosques despertarán de nuevo y su furia será como una venganza. Parecieran estar allí para recordarnos las historias de los incontables sobresaltos sufridos desde mucho antes de que fueran habitados sus tórridos valles interiores. Pero en realidad esos acontecimientos, tales como erupciones, terremotos, inundaciones, 'duermen' en una zona de seguridad del disco duro de nuestra memoria. Hasta los más recientes parecen haberse olvidado demasiado pronto. (En el último siglo han ocurrido al menos cinco terremotos.) Cuando hablo de estas cosas me viene a la memoria una experiencia personal de la guerra civil. Aunque parezca increíble, mientras los aviones a reacción y los helicópteros UH1H del ejército disparaban sus interminables rondas de metralla, nosotros solíamos dormirnos por instantes en las trincheras. Está probado que el cuerpo sometido al estrés de la

violencia destila una sustancia que restablece cierto equilibrio sin el cual uno podría volverse loco. Como se dice, el golpe trae su anestesia. Sólo así puedo explicarme en parte el adormecimiento de los salvadoreños ante nuestra historia.

Volvamos a nuestro relato. Tuvieron que pasar varias generaciones para que el área del desastre volviera a ser un lugar habitable. Es difícil imaginarse que esa lámina azul plomizo del lago de Ilopango, surcada de embarcaciones artesanales y motos acuáticas, fuera alguna vez la boca de aquel cataclismo. Seguramente por muchos años aquel territorio fue visto como una tierra maldita. Poco a poco, nuevas oleadas migratorias de grupos mayas y mexicanos comenzaron a llegar a la 'zona cero'. Existen evidencias de que alrededor del siglo VI de la era cristiana, emigrantes provenientes del norte y del sur del continente comenzaron a modificar aquel paisaje funesto.³ En sentido estricto, la cultura renació entre las cenizas. Se construyeron entonces las chozas de barro para la plebe, y los centros monumentales con sus asombrosos templos piramidales destinados para la jerarquía social más alta; se celebraron matrimonios, negocios y también se emprendieron guerras; se fabricaron trastos de cocina y joyería; se cultivaron granos básicos y se abrieron caminos. Aquel proceso tomó siglos. Las últimas oleadas migratorias llegaron apenas con una diferencia de trescientos años de las primeras expediciones españolas que incursionaron en 1524 provenientes de Guatemala. La brutalidad de aquel encuentro tiene un pálido reflejo en las estereotipadas imágenes del Lienzo de Tlaxcala,⁴ que es así como el portafolios de un artista poco imaginativo.

Contrariamente a lo que proclama la leyenda romántica, las sociedades indígenas tampoco eran un jardín de las

delicias. Los contrastes sociales debieron ser tremendos. Por ejemplo, en el sitio conocido ahora como San Andrés,⁵ a unos veinte minutos en automóvil desde la capital, que floreció entre los años 600 a 900 de nuestra era, de aquel esplendor nos quedan únicamente los vestigios del conjunto monumental en el que vivieron los poderosos. La zona de viviendas populares no ha sido suficientemente excavada, pero las investigaciones arqueológicas estiman que no fue muy distinta del conjunto de chozas de barro y caña de Joya de Cerén⁶ (300 a 900 de nuestra era) que los arqueólogos, con un pobre sentido de la medida, han llamado 'la Pompeya de América'. En realidad, ese caserío de agricultores no tienen semejanza alguna con aquel opulento balneario de la bahía de Nápoles. He allí una comparación infeliz.

Los conquistadores europeos se encontraron, pues, con una sociedad sumamente jerarquizada en cuya cima estaba una abigarrada mezcla de familias adineradas con títulos de nobleza, jefes militares y jefes religiosos, y en las partes medias y bajas: soldados, comerciantes, cazadores, agricultores, artesanos y prostitutas. No entraré en detalles sobre los nuevos desastres que acompañaron la llegada de los europeos; bástenos por ahora mencionar las carnicerías de la guerra de conquista, las muertes a causa de los trabajos forzados y — lo peor de todo — las pestes. El primer siglo posterior a la llegada española produjo una caída exponencial de la población indígena.⁷ El país se convirtió en un campo de muerte. La malaria, la fiebre amarilla, la viruela, el sarampión y la tuberculosis, se propagaron a la velocidad del rayo y extinguieron la vida humana en grandes extensiones de territorio. El relato de un clérigo de 1636 es estremecedor: 'He visto grandes

poblaciones indígenas casi destruidas después de que instalaron cerca de ellas los obrajes de añil ... Varias veces he confesado a un gran número de indios con fiebre y he estado allí cuando los llevan de los molinos para enterrarlos'.⁸

Han pasado los años y en la 'zona cero' ha tenido lugar el desarrollo de una cultura que, como en un ciclo fatal que desafía a la imaginación, continúa viviendo bajo los signos de la diáspora y los desastres. Pero es la imaginación misma la que parece resistirse tercamente a dejar una memoria fresca de la desgracia.

Sabemos que las fuentes del conocimiento simbólico del pasado se expresan, principalmente, de manera literaria y pictórica. Mi tesis sostiene que ciertos orígenes del ser salvadoreño actual y de su identidad, se han configurado, y son de la manera que son, en parte por la ausencia de formas de representación muy elaboradas, provenientes del arte y la literatura, capaces de derramarse sobre el cuerpo social y de crear imágenes que produzcan esa especie de herramienta prensil que es la memoria, sin la cual las sociedades parecen perder el pie en el peldaño de la escalera.

En El Salvador existe una especie de letargo en el arte y la literatura — y es peor en las investigaciones científicas — respecto de nuestra historia de calamidades naturales.

¿No debiéramos los escritores, los pintores, los músicos, detenernos más a menudo en esos parajes del dolor?

Quizás no nos corresponda dar respuesta a esta interrogante con las herramientas de la sicología o la sociología, sino, como un zahorí, con las artes de la indagación en las corrientes subterráneas de nuestra cultura.

George Steiner dice que lo que nos rige como humanidad no es el pasado en su sentido literal, sino las imágenes del

pasado,⁹ imágenes altamente estructuradas que permanecen impresas en nuestra sensibilidad, casi de la misma forma que la información genética. En el caso de la cultura salvadoreña, las imágenes y las construcciones simbólicas de nuestro pasado, nuestros *saberes*, que de cualquier manera están impresos en nuestra sensibilidad, suelen estar relegados a lo más profundo de nuestra inconsciencia. Sabemos que en el pasado hubo terremotos, sabemos que habrá más; sabemos también que éstos se repiten con una diabólica persistencia; sabemos que cada tantos años la sociedad salvadoreña se ve enfrentada a la interrupción repentina de sus actividades para excavar de manera primitiva los escombros donde han quedado sepultados nuestros seres queridos. Finalmente, sabemos también que los desastres si bien son de origen natural, en muchos casos se producen por la mano humana: por indolencia, incapacidad o irresponsabilidad. Lo sabemos.

Esos saberes incapaces de otorgarnos una actitud apropiada para enfrentar material y espiritualmente las catástrofes que están por venir y que nos vuelven menos capaces de recuperarnos de sus efectos equivalen a un *no-saber*.

Viendo las cosas desde un ángulo práctico, ¿por qué siguen repitiéndose las tragedias sin que aparentemente exista una voluntad capaz de crear una cultura de prevenir los riesgos? En El Salvador en los últimos cien años se han sufrido no menos de cinco terremotos de considerable magnitud, sin embargo ni las corporaciones privadas, ni el Estado ni las universidades se encuentran desarrollando investigaciones sismológicas que ayuden a diseñar respuestas ante eventos que con toda seguridad van a producirse. Tampoco existen brigadas bien

entrenadas para el rescate de víctimas. Lo que ocurrió el mediodía del trece de enero del año 2001 es una parábola del país. En las primeras horas después del terremoto, centenares de brazos impotentes no pudieron emprender el rescate de las víctimas porque no contaban con otras herramientas que sus manos.

Eventos como ése no pueden ser vistos de otra manera que como una derrota cultural que compromete al conjunto de la sociedad.

Volvamos al tema de la imaginación. A raíz de los terremotos de enero y febrero de 2001, la prensa realizó un esfuerzo sin precedentes para documentar nuestro pasado de calamidades naturales. Cuando se intentó encontrar su huella en la literatura, apenas pudieron localizarse, como nubarrones en medio de un cielo despejado, unas pocas alusiones a los terremotos y demás catástrofes. El dato resulta inquietante si tomamos en cuenta que, en cambio, el dolor a causa de la injusticia social ha captado en el último siglo la atención de una parte importante de la obra de nuestros mayores escritores y escritoras. Sin embargo, el repetido castigo de los elementos está ausente de nuestra representación simbólica. Como si la repetición fatal de la tragedia hubiese segregado en nuestra sangre, a través de los siglos, un ácido capaz de sumir su recuerdo en un letargo. El ambicioso objetivo humano de perdurar, de sobrepasar mediante la imaginación, literaria o artística, las fronteras de la muerte, no ha sido capaz de regalarnos una rienda para que nuestra memoria cabalgue a la catástrofe.

Cada época se refleja en el cuadro de su propio pasado. Cada época verifica su sentido de identidad teniendo ese pasado como telón de fondo. La Tierra misma tiene su propia memoria: esos sedimentos

de tierra negra, blanca, marrón, de texturas y coloraciones diversas, como las pinturas 'matéricas', que se aprecian en los tajos de los cerros atravesados por las autopistas, son las circunvoluciones cerebrales de su memoria. Se trata de una información inerte que requiere largos procesos de excavación y de interpretación. Los siglos que los salvadoreños tenemos dentro de nosotros podrían representarse como la mezcla de grandes franjas claras, otras grises y franjas de oscuridad, una al lado de la otra, como una *piel de cebra*, que habla de nuestra forma de ser al que sabe escuchar. Siguiendo con el símil, digamos que en lo relativo a la interiorización de la catástrofe como parte del alma de nuestra cultura, las artes de la imaginación, la literatura, la plástica, el teatro, se encuentran en una de esas franjas de oscuridad. Quien quiera que se tome el trabajo de establecerlo llegará a comprender que en una medida importante adolecemos de formas de representación altamente elaboradas que nos ayuden a despertar nuestro pasado.

Puede sonar un poco radical, pero yo diría que no sólo podemos hablar de la vulnerabilidad de nuestro entorno sino también de la vulnerabilidad de nuestra imaginación. Y esto no debiera entenderse como un reproche gratuito. De pronto la evasión es una de las maneras en que la imaginación emprende la complicada reconstrucción del tejido emocional. La imaginación no suele admitir críticas, pero quisiera concluir esta parte de mi exposición diciendo que la concentrada luz que el arte y la literatura arrojan sobre los hechos de la realidad, y en este caso sobre la tragedia, son el tipo de vitales contestaciones que también necesitan nuestros ciudadanos. Deseo subrayar que los salvadoreños todavía tenemos que descubrir muchas conexiones con nuestro

pasado; una de ellas, como he tratado de decirlo, es la relación con las catástrofes y el incomprensible sentido de impasibilidad prospectiva y de amnesia que comúnmente asumimos frente a ellas.

Quiero saltar ahora a un segundo elemento: si en la 'piel de cebra' de nuestra memoria las catástrofes ocupan una franja oscura, la diáspora ocuparía una zona gris. Y esto es posible por la existencia de al menos un gran poema. No hace falta que se escriban muchas novelas, muchos poemas o innumerables obras de teatro, o que se pinten centenares de cuadros y se erijan estatuas en recordación de personas, ciudades, acontecimientos y mártires. Sin menoscabo de la necesidad de que las haya, un sólo gran poema donde brille el genio es capaz de cristalizar, como en un gesto oportuno, la complejidad de la vida y de los sentimientos. Voy a leer una pequeña parte de ese poema. Dice:

Anduvimos errantes

Años años años anduvimos errantes
 La ventisca el granizo los violentos
 vendavales
 Las grandes bestias devoradoras
 Nada pudo detener nuestros pasos
 Cruzamos ríos
 Montes
 Abismos de terror
Cumbres a las que nadie se atreviera antes
 Pavorosos desiertos
 Nada pudo detener nuestros pasos
 En tierra arena roca dejamos hondas
 huellas
 Junto al mar caminamos
 Sobre las altas sierras
 De día caminamos
 De noche
 Sin detenernos
 Caminando naciendo y caminando
 Soñando y caminando
 Pariendo y caminando

Caminamos cantando y caminando
Nada pudo detener nuestros pasos
Con nuestra casa a cuestas
Enterrando fechas
Estableciendo muertos
...
Caminando
Directos al destino
Caminando
Creciendo en esperanza
Caminando
Años años años caminando caminando
caminando¹⁰

Durante el curso de la historia salvadoreña los sucesos de los que aquí habla el poeta han tenido lugar en innumerables ocasiones. Este poema de Pedro Geoffroy Rivas titulado 'Cuenta de la peregrinación' contiene uno de esos extremos nerviosos cruciales en la vida social e intelectual de El Salvador. La emoción, la apasionada aventura, el sentido monótono de la caminata a través de geografías desconocidas y el ritmo del cambiante pulso de la experiencia están presentes en esta hermosa letanía.

¿De qué nos habla? O, mejor dicho, ¿de quiénes nos habla?

Hablemos aunque sea brevemente de su autor. Pedro Geoffroy Rivas nació a principios del siglo pasado en el seno de una familia pudiente. Revoltoso, desacralizador y vanguardista, perseguido y exiliado numerosas veces, más que por su prestigio académico como lingüista e indigenista fue por su poesía y su actitud vital que llegó a convertirse en una especie de héroe cultural para muchos escritores anteriores a mi generación. La metamorfosis de Geoffroy Rivas representa una importante 'mutación' en la cultura salvadoreña. No

sólo porque viniendo de una familia de terratenientes abrazó las luchas sociales radicales en contra de la injusticia, sino también porque fue uno de los primeros en poner su mirada penetrante sobre los indígenas cultural y socialmente invisibilizados.

Su poema a simple vista nos habla de las antiquísimas oleadas migratorias provenientes del Anáhuac mexicano hasta los valles y montes del actual territorio salvadoreño, cuando la 'zona cero' comenzó nuevamente a poblarse. Pero también nos habla de cosas intensamente actuales. Al leerlo, en un contexto como el centroamericano — y seguramente tendría resonancias en lugares como Bosnia y Afganistán — es inevitable pensar en los centenares de salvadoreños que en este instante están hollando los desiertos, cruzando las fronteras del 'mundo libre' en la frontera de Estados Unidos.

El poema, pues, habla de nuestra diáspora. La diáspora ha sido una constante de la historia salvadoreña. Desde la antigüedad el territorio salvadoreño fue un lugar de paso para grupos indígenas provenientes del norte y el sur del continente, formó parte de un espacio intermedio entre las grandes civilizaciones precolombinas y fue un lugar de mezcla de las especies vegetales y animales del norte y el sur del continente. Su posición privilegiada ha sido también causa de algunas de sus tragedias. Ha sido un espacio dominado sucesivamente por cuatro imperios: azteca, español, inglés y estadounidense. Es difícil entender a El Salvador y a Centroamérica sin relacionarlos con esa condición geopolítica y con las lógicas imperiales que han socavado su soberanía y que también han moldeado nuestras identidades.

De nuestra relación con los Estados Unidos proviene, precisamente, un fenómeno cultural que suele ser observado con aprensión, pero que es de una importancia capital como casi ninguno otro en el último siglo. Desde los años 80 del siglo pasado la diáspora salvadoreña hacia los Estados Unidos llegó a convertirse en un agente completamente nuevo y trascendental en la economía y en la cultura salvadoreñas. El dinero que viene desde Estados Unidos, no en forma de ayuda gubernamental para el desarrollo sino directamente de los bolsillos de los emigrantes para sus familias, es tan importante como el producto interno bruto (PIB). Nuestras ciudades, como reflejo, son una réplica de 'gringolandia'. La *pop music* norteamericana las hace de banda sonora en los eventos sociales elementales y en los multitudinarios: en el cortejo de las parejas, en los ritos de paso (fiestas de quince años y graduaciones) y en las celebraciones de masas (fiestas patronales y campañas políticas).

La construcción de eso que da en llamarse el 'imaginario cultural', tradicionalmente enraizado en peculiaridades históricas, religiosas, étnicas, territoriales y de una lengua común, simplemente ha cambiado. El Salvador, literalmente, tiene sus ojos puestos en el Norte. Muchas de nuestras representaciones simbólicas provienen de allá. Curiosamente, con toda la trascendencia de este fenómeno para el presente y el futuro del país, todavía no existe un centro de estudios para las migraciones.

Por la vía de los emigrantes establecidos en Los Angeles y Nueva York, en El Salvador están emergiendo *nuevas identidades* que contradicen la idea de una identidad fundada exclusiva-

mente en valores 'nacionales'. Voy a demorarme un minuto más en este punto.

De nuevo, si nos detenemos a examinar las 'imágenes del pasado salvadoreño', es decir, las fuentes del conocimiento de nuestro ser como sociedad, comprobaremos que nuestro curso de sentimientos habla siempre — y voy a usar una expresión del geógrafo inglés David Browning¹¹ — de un 'jardín bien cultivado', cuyo esplendor ha sido depredado por sucesivos invasores. Ese es el idealizado y falso 'jardín del pasado indígena' que en las narraciones vulgares aparece arrasado por las expediciones militares españolas; es también el 'jardín del progreso' de los productores y comercializadores del café, amenazado por la agresión del comunismo. Aferrarnos con uñas y dientes a esas ideas del pasado y a las acciones políticas que de ellas se derivan, es una de las fuentes de nuestras dificultades presentes.

Los emigrantes modernos están convirtiendo esa nostalgia en papel mojado. Aquel jardín, desde hace muchos años probó ser incapaz de alimentar a sus moradores. En la actualidad, la zona de la capital recibe al año un flujo de unos veinte mil emigrantes del interior donde las oportunidades de empleo o de subsistencia son significativamente inferiores. Este movimiento alcanzó números dramáticos durante los once años de guerra civil. La emigración fuera del país, que algunos analistas denominan gráficamente como una 'expulsión de mano de obra', viene de larga data. Uno de los cuentos más estremecedores de nuestra literatura, escrito por Salarrué a principios del siglo pasado, es el viaje de un viejo y un niño por las montañas del Chamelecón hondureño llevando un fonógrafo.¹² Y uno de los poemas más populares de la época revolucionaria

salvadoreña, en la segunda mitad del siglo veinte, de Roque Dalton, canta las hazañas de los salvadoreños en tierras extrañas.¹³ La epopeya de los emigrantes salvadoreños penetrando la montaña hondureña o construyendo fantásticas obras de ingeniería en Panamá, o cruzando a hurtadillas la frontera de Estados Unidos, no es muy distinta de la que nos habla el poema de Geoffroy Rivas: *'caminando por los desiertos ... con el sol a la espalda ... con el sol en los ojos ...'*. La diáspora ha conseguido encontrar su imaginación. Entre tanto, en medio de tanto ir y venir, la imaginación misma ha tenido su propia diáspora.

En medio de los más de setenta mil salvadoreños que anualmente ingresan, la mayoría ilegalmente, a Estados Unidos (se estima que el 20 por ciento de la población salvadoreña vive en el exterior),¹⁴ también se encuentran, ahora como en el pasado, numerosos artistas y escritores. Las razones han sido principalmente el exilio político y la búsqueda de oportunidades laborales. No voy a hablarles de las difíciles condiciones que enfrentan en un país como El Salvador una artista, un autor de obras literarias, un científico, un ajedrecista o una bailarina; aunque se trata de personas cultivadas, su destino no es muy diferente del de los hombres y mujeres con escolaridad insuficiente, criados en entornos insalubres, acechados por catástrofes y también, pese a los notables avances posteriores a la firma de la paz en 1992, por diversos grados de intolerancia política, racismo (principalmente hacia los indígenas), exclusión y violencia social. Nuestra historia ha presenciado la aplicación repetida del desprecio y el odio recíprocos entre salvadoreños nacidos iguales ante la ley, alentados por motivos a veces sustantivos y a veces triviales. La

violencia ha llegado a ser una serpiente mordiendo su propio cola: ha sido causa y efecto de la desesperanza y de la necesidad de partir.

Se dice entre nosotros mismos que somos un pueblo sin raíces, un pueblo sin identidad. Algunos investigadores hablan incluso de una 'identidad endeble'. Este es el tipo de tonterías que se repiten aun en boca de personas educadas. Es imposible no tener una identidad. En términos culturales el problema de fondo no es si nuestra identidad es 'fuerte' o 'débil', sino en torno a qué está construida. Nuestra identidad, o mejor dicho, nuestras identidades, seguirán siendo un enigma mientras sigamos volviendo la vista hacia las falsas 'esencias' de ese país que quedó atrás. La indagación histórica es importante, pero quizás sea de igual o mayor importancia la indagación en nuestro presente. En este sentido, nos guste o nos disguste, la salvadoreñidad forma parte de una trama más compleja: la de las sociedades dependientes en el mundo global. Nuestra dependencia respecto del espacio político, cultural, lingüístico y territorial estadounidense es, a simple vista, una de las mayores de toda América. Dicho con un trabalenguas que ojalá no resulte irrepetible, probablemente no seamos los que quisiéramos, pero ello no significa que no seamos. Las nuestras son, como todas, raíces que caminan, y con nuestras piernas, maleta en mano, halando a nuestros hijos, hemos cruzado, desde hace siglos, las barreras de la estupidez, que eso son las fronteras, y hemos habitado en diversas latitudes, entre el resto de la humanidad, bajo diversas y a veces infames fisionomías: la del exiliado, la del refugiado, la del errante, la del sin patria. Y quizás en este punto nuestras letras estén subrayando el rumbo de nuestro presente y el de

nuestro porvenir. La diáspora de la imaginación ha tenido como uno de sus efectos la incorporación al 'canon' salvadoreño de paisajes, principalmente urbanos, lenguajes y episodios vividos por los escritores en su diáspora por México, La Habana, Managua, Washington D.C. y Nueva York. No creo exagerar cuando digo que el orden verbal de la literatura salvadoreña es global. Se mueve a través de lenguas, ideologías, fronteras.

La doctora Beatriz Cortez, una joven académica de origen salvadoreño que imparte clases en una universidad de California, ha sugerido que en la literatura de posguerra es posible detectar una resistencia crítica a la idea de una identidad rígida que a su modo de ver contiene y deriva, eventualmente, en formas de violencia.¹⁵ Si sobre ese panorama ponemos la hoja de papel mantequilla de la literatura salvadoreña, la visión que tenemos será irremediabilmente difusa, contradictoria y, en muchos sentidos, rica. A partir de algunas narraciones contemporáneas salvadoreñas, Cortez sugiere diversas metáforas para aproximarnos a las dislocadas identidades culturales. Suelo ser desconfiado de la teoría en relación con la literatura y las artes, sobre todo porque tengo la impresión de que la mayoría de las veces esos juegos de palabras y artificiosas construcciones de modelos suelen volver estéril un acercamiento que es, por sobre todo, profundamente emocional e intuitivo. Sin embargo creo que trabajos como éste y otros, como los de Rafael Lara Martínez y Silvia Lucinda Castellanos, académicos de origen salvadoreño que imparten cátedras en universidades norteamericanas, se ha emprendido un diálogo entre artistas y académicos, que ojalá sirva para

alimentar a esos dos polos del conocimiento a través del lenguaje como una fuente de conocimiento.

Los desafíos para las artes y la literatura son inmensos. A menudo se incurre en la creación de estereotipos insufribles, del tipo buenos versus malos, o migrantes versus la policía. No siempre es así. En *La diáspora*,¹⁶ una novela de Horacio Castellanos Moya, se lanza más bien una mirada irónica al desolado mundo de los exiliados salvadoreños en la ciudad de México en los años de la guerra civil, y se desnuda la escoria del oportunismo que se cultiva en nombre de valores humanistas. Desde luego, no todas las expresiones literarias provocadas por el mundo de la emigración contienen 'el genio' del que hablaba hace unos minutos. No podemos condescender con la mediocridad. Pero aún en esa 'literatura sin genio', descriptiva, sin exigencias estilísticas, sin personajes con densidad, apegada a las metodologías del testimonio, han comenzado a producirse algunas imágenes de nuestra identidad presente, sedimentos a los que recurrirá la memoria salvadoreña. Los dramas de la emigración de los campesinos y campesinas que ante el huracán de la guerra abandonaron sus lugares, como también las vicisitudes de los emigrantes hacia las ciudades norteamericanas, ya han comenzado a dibujarse en algunas de estas obras.

Seguramente el tiempo que tenemos por delante nos aguarda con nuevas celadas. Nuestra persistencia en tocar puertas que con demasiada frecuencia se nos cierran, pero que también se nos abren, quizás nos ha llegado a caracterizar como un pueblo que, en cualquier latitud, ejerce su derecho a ser, vivir y trabajar. El odio y el miedo son los que deniegan los visados; bien lo

sabemos quiénes tenemos que viajar por el mundo, como invitados o como tráfugas, con el pasaporte azul salvadoreño. Por su historia, por su cultura, por su identidad, El Salvador debiera convertirse en una potencia en el estudio de las migraciones y tomar parte de las iniciativas internacionales que brinden protección a los nómadas del mundo. Y ello porque, como en una corriente sin fin, nuestros hijos — y de seguir las cosas como van, los hijos de nuestros hijos — al igual que nuestros abuelos, un buen día cerrarán tras de sí la puerta y hollarán los caminos de la diáspora. Al Norte o al Sur, no importa. Lo cierto es que se cumplirá el ciclo fatal de nuestra cultura. Y cuando dentro de veinte o cien años, una erupción volcánica o un nuevo deslizamiento de las placas tectónicas debajo de nuestros pies derriben los sueños de una sociedad entera, ojalá estemos en mejores condiciones para responder la pregunta que está a la base de esta larga disquisición mía sobre la huidiza memoria:

¿Por qué la imaginación sigue impotente el ritmo frenético de las gráficas en los sismógrafos de nuestra tragedia?

Enfermos incurables de olvido, nuestra actual indiferencia ante la tragedia, como no sea dentro de una red de reproches y mentiras retóricas con olorillo a mala política, nos debiera plantear no solamente preocupaciones políticas sino también estéticas. Solemos espetar toda clase de recriminaciones en general bien fundadas a los políticos, pero quizás no reparamos en que el lenguaje, ese arco voltaico capaz de unir las historias personales y colectivas con el pulso de la conciencia y con las devastaciones del amor y las pasiones, capaz de hundirse en los sustratos más recónditos de la memoria, con su secuela de

perdurabilidad, no concurre al auxilio de nuestra soledad, de nuestra insatisfacción, para decirnos que la vida tiene sentido en medio de la tragedia y la vileza humana. Dormir un momento en la trinchera es, como la evasión del dolor, perfectamente legítimo; pero por suerte no es ese el único camino que suele tomar la imaginación.

Aunque se me acuse de escéptico, no veo abrirse la puerta de una era de confianza y esperanza genuinas; más bien, los futuros e inevitables retrocesos que derivarán de catástrofes y explosiones sociales cuya cuenta regresiva ya ha comenzado, y que serán mensurables en términos de índices de desarrollo humano, ingresos *per capita* y demás términos de las atribuladas ciencias económicas, hoy por hoy parecen abismarnos a un camino con una sola salida: huir, a pie, en tren, a nado, o a bordo del imprevisible cohete de la imaginación, pero lejos, muy lejos de aquí.

La Antigua Guatemala, agosto 2002
Universidad de Canberra,
Australia, agosto 2002

Ponencia en la Conferencia 'La diáspora de la imaginación en América Latina', Universidad Nacional de Australia, Septiembre 2002.

NOTAS

- 1 P. Sheets, 'The Prehistory of El Salvador: An Interpretative Summary', en F. Lange y Stone, *The Archaeology of Lower Central America*, (Albuquerque: Universidad de Nuevo México, 1984), pp. 94 y 96.
- 2 Sheets, 'The Prehistory of El Salvador'.
- 3 Fowler y Earnest, citado por George Hasemann y Gloria Lara Pinto en: 'La Zona Central: Regionalismo e interacción', en *Historia General de*

- Centroamérica*, (Madrid: FLACSO, 1993), 1 p. 161.
- 4 El Lienzo de Tlaxcala contiene representaciones de batallas entre españoles e indígenas en Guatemala, El Salvador y Nicaragua. Una reproducción de las imágenes correspondientes al territorio salvadoreño se puede ver en Escalante Arce, P.: *Los Tlaxcaltecas en Centroamérica*, (San Salvador: CONCULTURA, 2001).
- 5 San Andrés habría sido una capital regional que llegó a dominar el fértil valle Zapotitán. Fue descubierta en 1910.
- 6 El sitio Joya de Cerén fue descubierto en 1976, las primeras excavaciones iniciaron en 1978 sacaron a la luz un conjunto habitacional de pobladores comunes extraordinariamente conservado por la acción de la ceniza volcánica que pudo ocurrir hace unos mil cuatrocientos años. Ha sido declarado Patrimonio Cultural de la Humanidad por UNESCO.
- 7 Para una visión sobre el impacto de las epidemias en el área centroamericana en las 'seis dadas trágicas' (1520–1582) véase: Christopher Lutz y otros: 'La Conquista Española en Centramérica', en *Historia General de Centroamérica*, Tomo II, (Madrid: FLACSO, 1993) pp. 71 y ss.
- 8 Citado en David Browning, *El Salvador, la Tierra y el Hombre*, 4a edición, (San Salvador: CONCULTURA, 1988).
- 9 George Steiner, 'En el castillo de Barba Azul', (Barcelona: Gedisa, 1998), p. 17.
- 10 P. Geoffroy Rivas, *Los Nietos del Jaguar*, (San Salvador: CONCULTURA, 1996).
- 11 Browning, *El Salvador, la Tierra y el Hombre*.
- 12 El cuento se titula 'Semos malos' y forma parte del volumen *Cuentos de Barro, Narrativa completa I*, (San Salvador: CONCULTURA, 1999).
- 13 Me refiero al 'poema de amor', incluido en *Historias prohibidas del Pulgarcito*, (México, Siglo XXI, 1974).
- 14 Informe sobre Desarrollo Humano de El Salvador, PNUD, San Salvador, 2001.
- 15 Original mecanuscrito, citado con autorización de la autora.
- 16 *La Diáspora*, UCA editores, primera edición, San Salvador, 1989.